

Diógenes

Noticcionario

APOSENTO DE BRUJOS.

Puede decirse que hasta hoy día, la región comprendida entre Atacama y Coquimbo, llamada el Norte Chico, no ha sido incorporada a la geografía literaria de nuestro país. No existe una novela ni un volumen de cuentos en que se refleje la vida y las costumbres de sus habitantes, aunque es una tierra de gran interés típico, por sus características especiales, en que se mezclan estepas solitarias, con serranías inhóspitas, que esconden valles rientes y fértiles aptas para cultivos semi tropicales y la crianza de pequeñas majadas de cabras que, junto con los asnos, son los animales que mejor se adaptan a la pobrísima vegetación de las serranías y estepas.

Las prolongadas sequías reducen el caudal de los ríos, que no tienen más agua que la de sus vertientes andinas y de este modo la mayoría de ellos no alcanza a desembocar en el mar, consumidos por aquella tierra sedienta. Entonces se ve el caso de que hay extensas zonas que quedan reducidas a la más impresionante y terrible esterilidad. Desaparecen las aguadas y todo vestigio de vegetación. Los hombres y las bestias sufren los rigores de una naturaleza terca y hostil, y se alejan en una penosa trashumancia, obsesionados por el azul rumoroso de las aguas y el incitante aroma de los verdes pastizales. Hasta las cabras que se encumbran por los pedreros y los pacientes asnos

se rinden ante la cruel evidencia. No hay pasto, no hay agua. O sea no hay vida para los animales ni para los hombres.

Pero no siempre todo es tristeza allí. En los abrigados valles donde se cosechan vinos, licores y frutas capitosas, la vida es buena y feliz. Pero la gente de Atacama y de Coquimbo tiene la inquietud de las minas. Todos nacen soñando con un derrotero y con una veta, o un reventón fabuloso. Es la herencia que se transmiten de padres a hijos con alucinada y persistente fe. Y entonces las cresterías que, en los cálidos atardeceres se incendian de luces opulentas, esconden palacios de Aladino y mágicas leyendas de riquezas y de felicidad que superan a las que creó la frondosa imaginación oriental.

Y todo este interesante panorama que ofrecen los hombres y la naturaleza de esta región permanece inédito en nuestras letras, como expresión literaria. Fuera de los cuadros de Jota-beche y de algunas crónicas de Valderrama, esa región no existe para nuestra literatura, aunque los temas afloran hasta en los relatos de carácter histórico, como ocurre con los libros de Sayago, Galleguillos y algunos otros. Chañarcillo, el Tamaya y otros minerales de esa zona, se quedaron sin una novela que describiera sus días de esfuerzo y de esplendor. En la obra lírica de algunos poetas nacidos allí, como la Mistral, Mondaca, María Luisa Peralta, Binvignat y David Perry apenas si hay algunas alusiones que no alcanzan a dar una sensación de esa tierra.

Es de celebrar, entonces, la aparición de este libro, al cual su autora, Marta Elba Miranda, le ha dado el sugestivo título de «Aposento de brujos», que viene a confirmar nuestra opinión de que es una tierra rica en leyendas y en creencias que no se conocen en el resto de nuestro territorio.

Desde la ventana de un pajar que permite dominar las casas de la aldea de Casuto y las tierras que la rodean, una muchacha soñadora se entretiene en repasar los hechos e incidencias que pudo ver o que oyó contar y que arrullaron su infan-

cia y luego su adolescencia. Son relatos impresionistas y evocadores que no llegan a adquirir las proporciones de un cuento, aunque cada uno de los temas tratados permitían imprimirle las formas de ese género. Y de ese modo el lector hubiera penetrado más en el alma y en la naturaleza, al darle fuerza y relieve a un carácter, con algunas notas del paisaje para acentuar su personalidad y el colorido local.

Pero el libro de Marta Elba Miranda tiene ese sabor auténtico de lo que se conoce bien. Tipos bien observados a los cuales pudo infundirles mayor animación y consistencia humana, contando algo más de sus vidas, siguiéndolos a través de la tierra nativa que ella recuerda vívidamente. No le decimos esto a la autora como un cargo, sino como una opinión que puede servirle cuando emprenda una obra de mayor entidad. Porque en su libro se puede ver claramente que existe allí un rico material novelístico que bien aprovechado agregaría un aspecto novedoso y original a las letras nacionales. En todo caso el libro de Marta Elba Miranda es un paso interesante por un camino muy poco frecuentado. Ojalá que con mayor experiencia y con mejores recursos de técnica, pueda ofrecernos más tarde un libro que la destaque como una de las primeras intérpretes de la vida y las costumbres del Norte Chico.

LA CORRIENTE IMPETUOSA.

Luis Bromfield, el celebrado autor de «Llegaron las lluvias», esa hermosa novela que tiene por escenario a la India, en la que describe la época del monzón con todo su trágico cortejo de calamidades y nos pinta tipos de inolvidable relieve, nos da en esta otra novela una visión interesantísima e intensa de la Luisiana, en la época de la guerra de Secesión. Muchos de sus capítulos nos hacen recordar episodios y situaciones de «Lo que el viento se llevó» de Margaret Mitchell, con su escenario de lluvias constantes en una atmósfera caliginosa, en que aparecen